

cias. Todo es como era antes, el tiempo parece haberse borrado. Al día siguiente, enterados de la masacre, los familiares de los pretendientes claman venganza. Una cohorte de padres, hermanos, primos y aliados, armas en mano, se acerca para combatir contra Ulises, Telémaco, Laertes y sus fieles servidores. Atenea impide el enfrentamiento. En lugar de batalla, habrá tregua, paz, concordia. En Ítaca, todo volverá a ser como era, con un rey y una reina, un hijo, un padre, sirvientes, el orden restablecido. El canto del aedo puede celebrar para los hombres de todos los tiempos y en toda su gloria la memoria del regreso.

Dioniso en Tebas

En el panteón griego, Dioniso es un dios distinto. Es un dios errante, vagabundo, de ninguna parte y de todas. Al mismo tiempo, en todos los lugares donde está de paso exige que le reconozcan su posición, su preeminencia. Sobre todo quiere asegurar su sitio en Tebas, donde nació. Llega a la ciudad como un personaje que viene de lejos, un extraño forastero. Vuelve a su lugar natal para ser acogido, aceptado, para tener de alguna manera su sede oficial. A la vez vagabundo y sedentario, representa entre los dioses griegos, según la expresión de Louis Gernet, la figura del otro, de lo diferente, desconcertante, anónimo. También es, como dijo Marcel Detienne, un dios epidémico. Como un mal contagioso, cuando irrumpe donde se lo desconoce, apenas llega impone su culto, que se extiende como una onda.

Bruscamente, la alteridad, el otro, obliga a reconocer su presencia en los lugares familiares. Una enfermedad epidémica. Errante y estable, dios próximo a los hombres, establece con ellos un tipo de contacto diferente del que prevalece en general en la religión griega, una relación mucho más íntima, personalizada, afín. Dioniso y su devoto tienen en cierta forma una relación cara a cara. Aquél clava su mirada en la cara de éste, quien a su vez fija sus ojos hipnotizados en la cara, la máscara de Dioniso. Al mismo tiempo que establece esta proximidad con los hombres, es tal vez el dios más aleja-

do de los humanos, el más inaccesible y misterioso, aquel a quien no se puede aprehender, encerrar en un marco. Se puede decir que Afrodita es la diosa del amor y Atena la de la sabiduría, de Hefesto que es el dios artesano, herrero. A Dioniso no se lo puede encasillar. No está en ninguna casilla y está en todas, ausente y presente al mismo tiempo. Las historias sobre él adquieren un sentido particular cuando se reflexiona sobre esta tensión entre el vagabundo, el hecho de estar siempre de paso, en camino, de viaje, y el deseo de tener un lugar propio, al que se sabe que uno pertenece, un lugar donde más que aceptado se es deseado.

Europa vagabunda

La historia comienza con un personaje del que ya hemos hablado: Cadmo, primer rey de Tebas. El fundador de esta gran ciudad clásica es un extranjero, un asiático, un fenicio, que viene de lejos. Es hijo de Agenor, rey de Tiro o Sidón, y Telefasa. Estos son personajes del Oriente Medio, la Siria actual. La pareja real, los soberanos de Tiro, tienen varios hijos: Cadmo, Fénix, Célis, Taso y una hija, Europa, de quien el Viejo Continente toma su nombre.

Europa es una virgen joven y bella que juega con sus amigas en la orilla del mar de Tiro. Desde lo alto del cielo, Zeus la ve bañarse, tal vez desnuda; a diferencia de otros relatos, donde sus homólogos femeninos cuya belleza excita el deseo divino recogen jacinchos, lirios o narcisos, Europa se tiende en la orilla, sobre un espacio abierto. Zeus la ve y la desea. Toma la forma de un magnífico toro blanco con cuernos como un cuerno de luna. Llega a la orilla y se tiende sobre la arena, a los pies de Europa. Al principio asustada, impresionada por

el magnífico animal, poco a poco Europa se acerca. Por su actitud, el toro le da motivos sobrados para tranquilizarse. Le acaricia un poco la cabeza, le roza los flancos y, como la bestia no se mueve, apenas vuelve la cabeza hacia ella y se contiene de lamérsela la piel tan blanca, ella se sienta sobre el gran lomo, se aferra a los cuernos y entonces el toro se levanta de un salto y se lanza al mar.

Zeus y Europa pasan de Asia a Creta. Allí se consuma su unión, y él la deja en Creta. Sus hijos, Radamantis y Minos, serán reyes de la isla. Zeus les hace un regalo. Es Talos, un personaje extraño, una especie de gigante de bronce cuya función es montar guardia, convertir a la isla en una suerte de fortaleza separada del mundo, evitar que alguien pueda ingresar y que los isleños puedan abandonarla. Tres veces por día, el vigilante Talos da la vuelta a la isla para impedir tanto los arribos como las partidas. Es inmortal, invencible, de hierro. Su única debilidad está en su talón, donde una llave asegura el cierre de su vena. Todo su vigor metalúrgico se perdería si alguien corriera ese pasador. Ahora bien, la hechicera Medea, durante la expedición de los Argonautas, logra girar esa llave mediante sus aritmancias, o acaso otro héroe, Hércules, mata a Talos al acertar un flechazo en ese punto mortal.

En todo caso, con Europa tenemos un secuestro, el paso de un mundo a otro y la clausura de Creta, que se encierra en sí misma. Más que paso, un vagabundo: cuando Agenor se entera por las compañeras de la joven que Europa ha sido secuestrada por un toro, les dice a su esposa e hijos que deben partir en busca de su hija y hermana. Los tres hermanos y su madre abandonan el lugar de nacimiento, la familia, la realidad, para dispersarse por el mundo. En el curso de sus peregrinaciones incesantes fundarán una serie de ciudades. Cadmo y su

madre llegan a Tracia, siempre en busca de Europa, porque Agenor les ha advertido que no deben volver sin la niña. Teléasa, madre de Cadmo, muere en Tracia con honores.

En ese momento, Cadmo acude a Delfos para saber qué debe hacer. El oráculo le dice:

—Cesa tus peregrinaciones, debes encontrar tu lugar por que no hallarás a tu hermana. —Nadie sabe que la viajera está encerrada en Creta, salvo el oráculo, que prosigue—. Seguirás a una vaca errabunda por dondequiera que vaya. Europa, secuestrada por un toro viajero, ha encontrado su lugar. Tú seguirás los pasos de esa vaca, pero el día que se detenga fundarás allí una ciudad y allí echarás raíces, tú, Cadmo, el hombre de Tiro.

Así lo hace Cadmo, acompañado por varios jóvenes. Ven una vaca hermosa con unas marcas lunares, señal de que está predestinada a cumplir cierto papel. Van tras el animal, que al llegar a un prado en la Beocia, futuro emplazamiento de Tebas, se tiende en el suelo y se niega a seguir. La vagabunda se ha detenido, allí termina el camino. Cadmo comprende que es allí donde debe fundar una ciudad.

Forastero y autóctonos

Antes de fundar la ciudad, quiere hacer un sacrificio a Atenea, diosa por la cual siente afinidad. Para hacer un sacrificio se necesita agua. Envía a sus compañeros a una fuente llamada de Ares, porque está dedicada a ese dios, para que llenen sus recipientes, sus hidrias. Pero la fuente es vigilada por un dragón, una serpiente feroz, que mata a todos los jóvenes que llegan en busca de agua. Cadmo va a la fuente y mata al dragón. Atenea le ordena realizar el sacrificio prometido, luego reco-

ger los dientes del dragón muerto y sembrarlos en una llanura, un *pelíon*, como si fueran granos de cereales. Cadmo hace como le dicen, trae el agua, sacrifica piadosamente la vaca a Atenea y siembra los dientes del dragón en el llano. No bien termina de sembrar los dientes, de cada uno nace un guerrero adulto, armado como hoplita con casco, escudo, espada, lanza, grebas y coraza. Apenas se levantan del suelo, se miran, se miden, se desafían como lo que son, seres consagrados a la masacre, a la guerra, a la violencia belicosa, guerreros de pies a cabeza. Cadmo comprende que en cualquier momento se volverán contra él. Toma una piedra y, en el momento en que los guerreros se desafían entre ellos con la mirada, la arroja entre ellos. Cada uno piensa que otro le ha arrojado la piedra, y comienza el combate entre ellos. Se matan entre ellos hasta que sólo quedan cinco con vida. Estos guerreros se llaman los *Espartoi*, los Espartanos, que significa los Sembrados. Son nacidos de la tierra, autóctonos. No son vagabundos, hunden sus raíces en la tierra, representan el vínculo fundamental con esa tierra tebana y están consagrados por completo a la función guerrera. Sus mismos nombres dicen lo que son: Cronio, Udeco, Peloro, Hiperenor, Equión, monstruosos, terrestres, nocturnos, sombrios, guerreros.

Cadmo ahora es objeto de la cólera y el rencor de Ares por haber matado al dragón, de quien se dice que era su hijo. Durante siete años Cadmo será su esclavo, así como en otras circunstancias Hércules estuvo al servicio de personajes, héroes o dioses que había ofendido. Al cabo de siete años queda en libertad. Los dioses que lo estiman, especialmente Atenea, quieren que sea el rey de Tebas. Pero antes, este hombre que ha sacado a la luz lo que la tierra de Tebas tenía de arraigado y autóctono, debe tener descendencia. Una vez más, dioses y hombres se encuentran en ocasión de las bodas de

Cadmo. Su esposa es la diosa Harmonía, hija de Ares y Afrodita. Es hija del dios al que ha servido para expiar sus culpas, que velaba sobre la fuente tebana para impedir el acceso al agua que brillaba sobre la tierra; el mismo espíritu belicoso regresa y revive a través de los *Esportoi* y su descendencia de "nacidos de la tierra", *gegenés*.

Pero por su madre Afrodita, Harmonía es la diosa de la unión, los acuerdos, la concordia. Los dioses acuden a la ciudadela de Tebas para festejar las bodas de uno de los suyos. Las Músas entonan el cántico nupcial. Los dioses hacen regalos, según la costumbre; algunos serán presentes maldéficos que provocarán la ruina de quienes los hereden. Cadmo tendrá muchos hijos, entre ellos Sémele, Autónoe e Ino, quien será la esposa de Atamas y se convertirá en Leucótea, diosa marina. Otra hija suya, Ágave, se casará con el espartano Equión y tendrá un hijo, Penteco. Dicho de otra manera, el origen de Tebas representa el equilibrio y la unión entre un personaje que viene de lejos, Cadmo, soberano en virtud de sus hazañas y por voluntad de los dioses, y personajes arraigados en la gleba, salidos de la tierra, autóctonos, con la tierra de Tebas adherida a las semillas de su origen y que son guerreros puros. Al observar la primera estirpe de reyes de Tebas, se tiene la sensación de que entre esas dos corrientes, entre las dos formas de generación, debería existir acuerdo, pero que también existen tensiones, incompreensión, conflictos.

El anca uterina

Una niña, Sémele, es una criatura deslumbrante como lo era Europa. Zeus tendrá relaciones con ella, no durante un día sino durante mucho tiempo. Sémele ve a Zeus en su lecho

cada noche, bajo su forma humana, pero sabe que se trata del dios y quiere verlo en toda su gloria, en su majestuosidad de soberano de los bienaventurados inmortales. No deja de implorarle que se muestre a ella. Desde luego, aunque los dioses suelen asistir a las bodas de los humanos, la pretensión de que se muestren develados como lo harían sus amigos mortales tiene sus peligros. Cuando Zeus cede a los ruegos de Sémele y se muestra en todo su esplendor, ella es consumida por la luminosidad y el resplandor, la gloria divina de su amante. Se quema. Como ya está encinta de un hijo de Zeus, Dioniso, el dios no vacila un instante: retira al pequeño del cuerpo de Sémele, se abre el anca, la transforma en un útero femenino y aloja allí al feto de seis meses. De manera que Dioniso será doblemente hijo de Zeus, el "dos veces nacido". Llegado el momento, Zeus abre su anca y el pequeño Dioniso sale como había salido del vientre de Sémele. Es un niño extraño, fuera de lo normal desde el punto de vista divino porque es hijo de una mortal y de Zeus en toda su gloria. Lo es porque se ha alimentado en parte en el vientre de una mujer y en parte en el anca de Zeus. Dioniso será objeto de los celos tenaces de Hera, que no perdona fácilmente los deslices de Zeus y encuentra por todas partes los frutos de sus amores ilícitos. Zeus se ocupará de sustraer a Dioniso de las miradas de Hera y confiarlo a nodrizas para que lo oculten.

Cuando sea un poco más grande, también él va a vagabundear y será objeto de las persecuciones de personajes poderosos. Una vez, cuando aún es joven, desembarca en Tracia acompañado por un séquito de jóvenes Bacantes. El rey del país, Licurgo, mira con malos ojos a este joven forastero de origen desconocido que dice ser un dios y a esas jóvenes que deliran como seguidoras fanáticas de una nueva divinidad. Licurgo detiene a las jóvenes Bacantes y las

hace encarcelar. El poder de Dioniso basta para liberarlas. Licurgo persigue al dios y lo obliga a huir. Divinidad ambigua, equivoca en su aspecto femenino, Dioniso está muerto de miedo durante la persecución. Se arroja al agua y escapa. La diosa Tetis, futura madre de Aquiles, lo oculta en la profundidad del mar durante cierto tiempo. Cuando sale, después de esa suerte de iniciación clandestina, desaparece de Grecia y conquista Asia. Recorre esas tierras con ejércitos de fieles, sobre todo mujeres, que en lugar de blandir las armas clásicas del guerrero luchan a golpes de tiso, tallos vegetales puntiagudos en los cuales ensartan piñas y que poseen poderes sobrenaturales. Dioniso y sus acólitos ponen en fuga a todos los ejércitos que los enfrentan y que intentan vanamente detener su avance: el dios recorre toda Asia como vencedor. Luego, regresa a Grecia.

Sacerdote itinerante y mujeres salvajes

Entonces vuelve a Tebas. El errante, el niño perseguido por el odio de una madrastra, el joven dios que se arroja al agua y se oculta en la profundidad del mar para evitar la cólera de un rey tracio, ahora es un adulto que vuelve a Tebas. El rey es Penteo, hijo de su tía Ágave, hermana de Sémele, quien ha muerto. Ágave se ha casado con uno de los Sembrados, Equión, quien ha muerto luego de engendrar un hijo. Este retoño se llama Cadmo, como su abuelo materno, aún vivo pero demasiado viejo para reinar. Ha heredado de Equión su intimidad con la tierra rebana, su arraigo local, su temperamento violento, la intransigencia y la soberbia del soldado. Dioniso llega disfrazado a la ciudad de Tebas, que es como un modelo de ciudad griega arcaica. No se presenta como

Dioniso sino como un sacerdote del dios. Sacerdote ambulante, vestido de mujer, el pelo largo hasta la espalda, parece un meteco oriental con esos párpados pintados, el aire seductor, la palabra fácil... todo aquello que puede trastornar, erizar a Penteo, el "sembrado" en el suelo de Tebas. Ambos tienen casi la misma edad. Penteo es un joven rey y el sedicente sacerdote es un joven dios. Alrededor del sacerdote gravita una banda de mujeres jóvenes y algunas mayores que son lidias, es decir, orientales. El Oriente como tipo físico, como razón de ser. Alborotan las calles de Tebas, comen y duermen al aire libre. Penteo lo ve y se enfurece. ¿Qué hace esa banda de errantes? Quiere expulsarlos. Dioniso ha enloquecido a las mujeres de Tebas porque no les perdona a las hermanas de su madre, las hijas de Cadmo, en particular a Ágave, que digan que Sémele nunca tuvo relaciones con Zeus, que era una histérica que tenía amorfos con no se sabe quién, que murió en un incendio y que si hubiera tenido un hijo, éste hubiera muerto también; en todo caso, no podía ser hijo de Zeus. Toda esa parte de la saga familiar que representa Sémele, el hecho de que tuviera relaciones con la divinidad —aunque cometiera el error de desear una relación demasiado estrecha—, es negada por los rebanos, que la consideran un cuento de niños. En cuanto a las bodas de Cadmo y Harmonía, sin duda tuvieron lugar, pero se trataba de fundar una ciudad humana organizada según criterios humanos. Dioniso quiere restablecer un vínculo con lo divino, aunque no a la manera de las bodas de Cadmo y Harmonía. Restablecerlo, no en una fiesta, una ceremonia a la que los dioses asisten para partir inmediatamente, sino en la vida humana misma, en la vida política y cívica de Tebas tal como es. Pretende introducir un fermento que abra una nueva dimensión en la vida cotidiana de cada uno. Para eso debe enloquecer a las

mujeres de Tebas, esas matronas sólidamente instaladas en su función de esposas y madres y cuyo género de vida está en los antípodas del de las lidias de su séquito. El dios les contaba su delirio.

Las tebanas abandonan a sus hijos, sus tareas hogareñas, a sus esposos y se van a las montañas, las tierras baldías, los bosques. Allí despliegan una conducta asombrosa por tratarse de damas de semejante dignidad, se entregan a toda clase de locuras con un desenfreno al que los campesinos asisten con una mezcla de asombro, admiración y escándalo. Penteo se entera de todo, su furia no conoce límites. Ante todo, ataca a las fieles del dios, sus seguidoras devotas, a las que considera responsables del desenfreno femenino en la ciudad. Ordena a su policía que arroje a la cárcel a las lidias fervorosas del nuevo culto. Así lo hacen los encargados de la disciplina urbana, pero Dioniso las libera de inmediato con sus artes mágicas. Nuevamente salen a las calles a cantar, hacer sonar sus cítralos, provocar alboroto. Penteo decide enfrentarse al sacerdote itinerante, ese mendigo seductor. Ordena que lo detengan, lo abarrojen y lo encierren en los establos reales con las vacas y los caballos. El sacerdote se entrega con una sonrisa irónica, sin la menor resistencia, y los deja hacer. Lo encierran, entonces, en los establos reales. Penteo piensa que el asunto está resuelto y organiza una expedición militar para perseguir y reunir a esas mujeres libradas a sus excesos. Los soldados forman en columnas de a cuatro y salen de la ciudad para rodear a las mujeres en los campos y los bosques.

Mientras tanto, Dioniso está en su establo. Buscamente se libera de los hierros y el palacio estalla en llamas. Caen los muros, pero él sale ileso. Penteo está conmovido, tanto más por cuanto después de que sucede todo eso y su palacio queda destruido aparece frente a él nada menos que

el sacerdote, sonriente, ileso, desaliñado. Llegan sus capitanes, ensangrentados, sin cascos, las armaduras quebradas. ¿Qué ha pasado? Le explican: en tanto las dejaban en paz, esas mujeres parecían disfrutar del colmo de la dicha, no eran agresivas ni amenazantes; al contrario, entre ellas y a su alrededor, en prados y bosques, reinaba una maravillosa serenidad; tomaban en sus brazos a los animalitos de todas las especies y les daban el seno como a sus propios hijos, sin que las bestias salvajes así manipuladas les hicieran el menor mal. Según decían los campesinos, y creyeron ver los mismos soldados, vivían en otro mundo, el de la perfecta armonía recuperada entre todos los seres vivos, todas las bestias juntas, salvajes, depredadoras, los carnívoros reconciliados con sus presas, todos se codeaban, disfrutaban juntos, las fronteras abolidas, en la amistad y la paz. La tierra misma se plegaba a ellos. Ante un golpe del tirso, brotaban fuentes de agua pura, de leche, de vino. Era el regreso de la edad dorada. Pero, al aparecer los soldados para ejercer la violencia guerrera, las mujeres angelicales se transformaron en furias asesinas. Atacaron con sus tirsos, se arrojaron sobre los soldados, hirieron o mataron a muchos de ellos, provocaron el desbande general.

Era la victoria de la mansedumbre sobre la violencia, de las mujeres sobre los hombres, del campo salvaje sobre el orden cívico. Penteo se entera de la derrota en el momento en que aparece Dioniso. Penteo encarna al hombre griego en uno de sus aspectos más destacados, convencido de que lo importante es cierta forma aristocrática de conducta, dominio de uno mismo, capacidad de razonar. E incluso esa sensación propia de no cometer jamás un acto indigno, saber dominarse, no ser esclavo de sus deseos ni de sus pasiones, lo cual implica cierto desdén por las mujeres, conside-

radas presa fácil de sus emociones. Junto con eso, el desprecio por todo lo que no es griego, por los bárbaros de Asia, lascivos, de piel excesivamente blanca porque no se ejercitan en los deportes, que no están dispuestos a padecer los sufrimientos necesarios para adquirir ese dominio de sí. Dicho de otro modo, Penteo piensa que la función del monarca es mantener un orden jerárquico en el que cada hombre ocupa el lugar que le corresponde y las mujeres están en sus casas donde los forasteros no pueden entrar; en el que Asia y el Oriente están poblados de gente afeminada, habituada a obedecer las órdenes de un tirano, mientras que Grecia es el hogar de los hombres libres.

Frente a Penteo se encuentra ese joven que es, de alguna manera, su retrato y su doble: son primos hermanos, de la misma familia, nativos de Tebas, aunque uno tiene un pasado de vagabundo. Los dos tienen la misma edad. Si Penteo se despojara de ese caparazón que se ha forjado para sentirse verdaderamente hombre, *anér*, un varón que sabe lo que se debe a sí mismo y a la comunidad, siempre dispuesto a mandar y a castigar cuando es necesario, aparecería Dioniso.

"Lo vi al verme a mí mismo"

Dioniso, el sacerdote, actuará con inteligencia de sofista, con preguntas y respuestas ambiguas, para despertar el interés de Penteo acerca de lo que sucede en un mundo que no conoce ni quiere conocer, ese mundo femenino alterado. Se sabe más o menos qué hacen las mujeres en el gineceo: nunca se sabe del todo qué traman esas diabluras, pero en general se las controla; sin embargo, afuera, libradas a sus propios recursos, lejos de la ciudad, los templos y las calles, donde todo está regla-

mentado, allá en la naturaleza, sin testigos, quién sabe hasta dónde pueden llegar. Penteo quisiera saberlo. Con alguna vacilación, pregunta a Dioniso:

—¿Quién es ese dios? ¿Cómo lo conociste? ¿Lo viste de noche, en tus sueños?

—No, lo vi despierto —dice el sacerdote—. Lo vi al verme a mí mismo. Lo miré al mirarme.

Penteo se pregunta qué significa esa frase: "Lo vi al verme a mí mismo".

Esa idea de la mirada, del ojo, de que hay cosas que no se pueden conocer pero se conocen mejor si se las mira, germina poco a poco en el cerebro del hombre asentado, el monarca, el griego. Se dice que tal vez no estaría mal ir a verlo. Manifestará un deseo desconocido en él, el de ser un observador. Deseo aumentado por cuanto cree que al librarse al desorden en los campos, esas mujeres, que son las de su familia, se entregan a orgías sexuales espeluznantes. Es un joven pudoroso, célibe, quiere ser extremadamente estricto en esa materia, pero la idea le hace cosquillas, quiere ver qué sucede.

—Nada más fácil —dice el sacerdote—. Tus soldados fueron derrotados porque fueron con sus armas, formados en columnas, se presentaron a plena luz. Tú puedes ir sin que nadie te vea, secretamente, presenciar su delirio, sus locuras, colocarte en primera fila sin que nadie te vea. Bastará con que te vistas como yo.

De golpe, el rey, el ciudadano, el griego, el hombre, se viste de mujer como el sacerdote vagabundo de Dioniso, suelta sus cabellos, se feminiza, se vuelve semejante al asiático. En un momento dado, cuando están cara a cara, parecen mirarse en un espejo, en los ojos. Dioniso toma a Penteo de la mano y lo lleva al monte Citerón, donde se encuentran las muje-

res. Uno sigue al otro: el hombre arraigado en la tierra —el hombre de identidad— y el que viene de lejos —representante del otro— se alejan juntos de la ciudad hacia la montaña, hacia las laderas del Citerón.

El sacerdote le indica a Penteo un pino altísimo, le dice que suba y se esconda en el follaje. Desde allí podrá ver todo sin que lo vean. Penteo trepa a lo alto del pino. En ese asientto elevado espera y ve por fin a su madre Ágave y a las niñas rebanas enloquecidas por Dioniso, todas en un estado de delirio muy ambiguo. Es verdad que las ha trastornado, pero no son verdaderas seguidoras del dios. No son "conversas" al dionisismo. Por el contrario, Ágave y esas mujeres dicen que nada de eso existe. A su pesar, esta locura, que no es fruto de una convicción o una conversión religiosa, tiene los síntomas de una enfermedad. Están enfermas de dionisismo por no haberlo aceptado, por no haber creído en él. Frente a la incredulidad, el dionisismo se manifiesta como una enfermedad contagiosa. En su locura son como devotas del dios en la beatitud del regreso a una edad dorada, fraternal, en la que conviven todos los seres vivos, dioses, hombres y animales. O bien, por el contrario, se apodera de ellas una furia sangui-naria: así como destruyeron al ejército, pueden degollar a sus hijos o cometer cualquier desatino. Es en ese estado alucinante de alteración mental, de "epidemia dionisiaca", que se encuentran las rebanas.

La ciudad aún no ha acogido a Dioniso, quien sigue siendo un forastero al que se mira de reojo. Acuchillado en el pino, Penteo ve a las mujeres en el bosque. Se entregan a esas actividades pacíficas que les son propias mientras no se las persiga o acose. En un momento dado, Penteo se asoma demasiado para ver mejor y las mujeres advierten la presencia del espía, el centinela, el mirón. Súbitamente las

embarga la furia y tratan de inclinar el árbol. Como no lo consiguen, tratan de arrancarlo. Oscilando peligrosamente en lo alto, Penteo clama:

—Madre, soy yo, Penteo, cuidado que voy a caer.

Poseídas por el delirio, finalmente logran inclinar el árbol. Penteo cae a tierra, se arrojan sobre él y lo despedazan. Lo desgarran como en ciertos sacrificios dionisiacos en los cuales se destroza la carne palpitante de la víctima aún viva. Penteo es desmembrado. La madre se apodera de la cabeza del hijo, la clava en un titso y se pasea alegremente con esa cabeza, que en su locura le parece la de un cachorro de león o de toro. Está arrebatada. En su delirio dionisiaco sigue siendo lo que es, la hija de Equión, una mujer de casta guerrera, y se jacta de haber participado de la cacería con los hombres y, como uno de ellos, de haber sido la mejor cazadora. Ágave y las mujeres desenfrenadas, cubiertas de sangre, se presentan ante Dioniso, siempre disfrazado de sacerdote.

Ahí está el anciano Cadmo, fundador de Tebas, padre de Ágave y abuelo de Penteo, a quien ha cedido el trono, junto con Tiresias, el viejo adivino que representa en la ciudad la sabiduría mediocre de la ancianidad, una sabiduría algo ritual. No quieren comprometerse, pero a pesar de todo no han experimentado esa hostilidad virulenta, ese odio total que despierta Dioniso. Cadmo, porque es Cadmo y el padre de Sémele; Tiresias, porque es el vínculo con el cielo. Ambos sienten una cautiva fascinación. Por eso habían decidido, a pesar de su avanzada edad y su dificultad para seguir los movimientos, vestir la indumentaria ritual con la vestimenta flotante y empuñar el titso para unirse a las mujeres en el bosque, bailar con ellas como si los honores al dios no conocieran diferencias de edad ni de sexo. Los dos viejos están presentes cuando Ágave, en su delirio, enarbola la cabeza de

Penteo en la punta de su tirso. Ágave reconoce a Cadmo y le muestra la presa maravillosa, se jacta de ser la mejor cazadora de la ciudad, superior incluso a los hombres:

—Mira, he cazado animales salvajes, los he matado.

Horrorizado por el espectáculo, Cadmo trata de hacerle recuperar el juicio y la interroga con mucha suavidad:

—¿Qué ha pasado? Mira esa cabeza de león, esos cabellos, ¿no los reconoces?

Poco a poco, Ágave sale de su delirio. Lentamente, retazos de la realidad aparecen en ese mundo onírico, tan sanginario como bello, en el cual se había sumido. Por fin descubre que la cabeza clavada en su tirso es la de su hijo. ¡Horror!

Rechazo del otro, identidad perdida

El regreso de Dioniso a su ciudad, Tebas, ha chocado con la incompreensión y provocado el drama en la medida en que la ciudad no ha sabido establecer el vínculo entre los del país y el extranjero, entre sedentarios y viajeros, entre su voluntad de ser siempre igual, idéntica a sí misma, de negarse a cambiar, y lo extranjero, lo distinto, el otro. Mientras no exista la posibilidad de ajustar esos contrarios, se produce un hecho aterrador: los que encarnan la adhesión incondicional a lo inmutable, los que proclaman la permanencia necesaria de sus valores tradicionales frente a aquello que es diferente y los ponen en tela de juicio, aquello que los obliga a echar una mirada distinta sobre sí mismos, los campeones de la identidad, los ciudadanos griegos convencidos de su superioridad caen en la alteridad absoluta, el horror, la monstruosidad. Las rebanas de conducta irreprochable, modelos de recato y modestia en la vida hogareña, encabezadas por Ágave —la reina madre que

mata a su hijo, lo despedaza, y cuya cabeza agita como un trofeo—, de golpe adquieren el aspecto de la Gorgona Medusa: llevan la muerte en la mirada. Penteo sufre una muerte espantosa: el civilizado, siempre dueño de sí, que cede a la fascinación de lo que pensaba que era el otro y lo condenaba, es desgarrado vivo como un animal salvaje. El horror se proyecta en el rostro de quien no ha sabido hacerle lugar al otro.

Después de esos sucesos, Ágave se va al exilio, Cadmo también, y Dioniso continúa sus viajes sobre la tierra, ya que su lugar en el cielo está asegurado. En la misma Tebas tendrá su culto, ha conquistado la ciudad, no para expulsar a los demás dioses ni para imponer su religión sobre las otras sino para que en el centro de Tebas, en su templo, en sus fiestas y en su culto estén representados el vagabundo, el forastero, lo anónimo. Como si en la medida en que un grupo humano se niega a reconocer al otro y a hacerle un lugar, es ese grupo el que se vuelve monstruosamente otro.

El regreso de Dioniso a Tebas evoca el acuerdo con lo divino que había sido sellado de manera ambigua en la ciudadela cuando los dioses entregaron a Harmonía, hija de Ares y Afrodita, a Cadmo. En ese acto existía la promesa, o siquiera la posibilidad, de un mundo reconciliado, así como la eventualidad en cualquier momento de una fractura, división y masacre. Es bien sabido, lo demuestra no sólo la historia de Dioniso sino también la de los descendientes de Cadmo, la estirpe de los Labdácidas, que lo mejor y lo peor pueden estar mezclados. En la leyenda de los Labdácidas, que conduce a la historia de Edipo, se encuentra la tensión entre los verdaderos soberanos y aquellos que, en el seno mismo de la soberanía, pertenecen más bien a la estirpe de los Sembrados, los guerreros, los legendarios Espartanos, consagrados a la violencia y al odio.



relata en este libro los mitos de la Grecia Antigua. Evoca la guerra de los dioses y los vínculos que la humanidad establece con lo divino. Zeus, de la creación de la mujer, la opo al destino cojo de Edipo y la escucha los viejos mitos, siempre a la mitología griega, nos presenta una mitología múltiple. Es en este encuentro la originalidad de la obra. Escribe Vernant en el prólogo: «Yo era pequeño y pasaba sus vacaciones con mi mujer y con mis hijos: cada día, cuando llegaba la hora de ir a la cama, su voz me llamaba desde el otro lado y le narraba una leyenda griega. Me encantaba transmitirle de manera directa, de mi boca a su oído, algo de ese universo griego que estaba presente y cuya supervivencia en cada uno de nosotros me parece me recuerda que nunca en el mundo actual. He tratado de narrar como si uno de esos mitos pudiera perpetuarse. La voz que otrora, durante siglos,



Jean-Pierre Vernant

Érase una vez... El universo, los dioses, los hombres

ÍNDICE GENERAL

Prólogo	7
El origen del universo	15
En el subsuelo de la Tierra: la Abertura	15
La castración de Urano	18
La tierra, el espacio, el cielo	21
Discordia y amor	24
La guerra de los dioses, la soberanía de Zeus	27
En la barriga paterna	28
Un alimento de inmortalidad	30
La soberanía de Zeus	35
Artimañas del poder	38
Madre universal y Caos	40
Tifón, o la crisis del poder supremo	42
Victoria sobre los Gigantes	46
Los frutos efímeros	47
En el tribunal del Olimpo	49
Un mal sin remedio	52
La edad de oro: hombres y dioses	54
El mundo de los humanos	59
Prometeo el astuto	59
Una partida de ajedrez	61
Un fuego mortal	65

Pandora o la invención de la mujer	68
El tiempo que pasa	74
La guerra de Troya	79
Las bodas de Peleo	82
Tres diosas frente a una manzana de oro	85
Helena, ¿culpable o inocente?	90
Morir joven, sobrevivir en la gloria	94
Ulises o la aventura humana	99
En el país del olvido	100
Ulises como Nadie frente al Cíclope	102
Idilio con Circe	107
Los sin nombre, los sin rostro	113
La isla de Calipso	119
Un paraíso en miniatura	120
Olvido imposible	123
Desnudo e invisible	125
Un mendigo equívoco	130
Una cicatriz delata a Ulises	133
Tensar el arco vencedor	137
Un secreto compartido	140
El presente recuperado	143
Dioniso en Tebas	145
Europa vagabunda	146
Forastero y autóctonos	148
El anca uterina	150
Sacerdote itinerante y mujeres salvajes	152
"Lo vi al verme a mí mismo"	156
Rechazo del otro, identidad perdida	160
Edipo a destiempo	163
Generaciones torcidas	165

"Un presunto hijo"	167
Audacia siniestra	169
"Tus padres no eran tus padres"	174
El hombre: tres en uno	175
Los hijos de Edipo	178
Un meteco oficial	179
Perseo, la muerte, la imagen	183
Nacimiento de Perseo	183
La cacería de las Gorgonas	185
La belleza de Andrómeda	190
Glosario	195